



LA CORRUPCIÓN NO ES SOLO ROBO MATERIAL. ES TAMBIÉN EL ROBO DE LA DEMOCRACIA.

Cuando pensamos en “corrupción” pareciera que la reducimos al tráfico de influencias, al robo o uso indebido de recursos, etcétera. Pero últimamente diversos operadores de justicia (que más parecen operadores de la Injusticia) nos han venido a demostrar que también la corrupción se encuentra en el intento de robarnos la democracia. Es decir, de apoderarse de instituciones y de abusar y malutilizar recursos jurídicos de todo tipo para imponer candidatos, partidos, posturas.

El robo de nuestra endeble democracia constituye el más grave y serio acto de corrupción, porque no solo nos roban los recursos sino también los procesos históricos que le han costado tanto a nuestra sociedad. Y porque al querer robar la democracia, pretenden robar la dignidad, la participación, la expresión, la libertad de opciones que ofrece nuestro sistema electoral. Nada limpio y útil sale de todos aquellos personajes que son impuestos.

Independientemente de la posición política y electoral en el proceso que Guatemala vive en el 2023, a todos y todas afecta la incertidumbre y la serie de recursos que, muy claramente, pretenden imposiciones de candidaturas o el descalabro democrático. Porque en “río revuelto, ganancia de corruptos”.

En este momento, pareciera que la democracia electoral se defiende de unos u otros recursos o acciones de todo tipo. ¿Qué vendrá después de que la Constitución se imponga? En su desesperación por proteger condiciones de impunidad para muchos personajes, ¿estarán dispuestos a destruir lo poco de democracia que se ha construido?

Se puede ser de un partido o de otro; tener una visión del país u otra. En otras palabras, es posible y necesario tener diferencias y antagonismos ideológicos porque tener una ideología es un derecho tan profundamente humano. Pero es preciso que este proceso sea defendido por todas las posturas que creen en la democracia. Claro, sin caer en posturas de falsa neutralidad y sin pretender apagar los necesarios debates que enriquecen la cultura política. Está más que claro que la ideología se reduce a una profunda visión de mantener las cosas como están o buscar las transformaciones estructurales. Pero dejemos esta discusión por un momento.

Aunque las organizaciones sociales nos asumimos como entes no partidarios, tampoco podemos negar (ni negarnos) el derecho a tener posiciones políticas cuando estas representan una conciencia y una indignación ante los poderes establecidos. Como el momento que vive Guatemala actualmente.

A los movimientos mediante las vías informáticas masivas, y a la movilización en las calles, necesitamos agregar serios, emergentes y profundos momentos de educación crítica. Esta es la hora de que la educación no esté al servicio del orden establecido, sino al servicio de la construcción de la justicia, la dignidad y los derechos humanos. Así podrá acompañar los distintos esfuerzos para que la sociedad, en su diversidad, alcance cierta unidad: la de proteger nuestra democracia y a sus instituciones.